

## La conquista del Everest\*

Manuel Flores Mora

*"La historia del Everest comenzó el día en que un oscuro secretario del Indian Service, que tenía delante de sí innumerables columnas de cifras, exclamó: "He encontrado la montaña más alta del mundo!" Sucedió eso en 1852..."*

GASTÓN REBUFFAT.

Está visto que nosotros, los uruguayos, no entenderemos jamás del todo la emoción del alpinismo... Hijos de un país que no sólo es libre, que no sólo es pequeño, sino que además es chatito, para nosotros lo más abrupto de la naturaleza son las sierras de Minas, donde se escondía Manduca Carbajal, y lo más alto, el Pan de Azúcar, a cuya cima van a cantar a coro los muchachos de la Asociación Cristiana, en las excursiones del verano.

Esta es la explicación secreta de por qué el primero en llegar a la cima del Everest fue un neozelandés y no un charrúa. A nosotros, cuando algo nos interesa de verdad —el fútbol o la democracia, por ejemplo— nadie nos pisa el poncho. Y si nos atrajera el alpinismo, ni qué decir que Hillary y Tensing, el 29 de mayo último, cuando llegaron medio muertos al "somet" más elevado del globo, se hubieran encontrado encima los restos de un fogoncito criollo, con algún naipe olvidado, un costillar pelado de oveja, una botella de ANCAP vacía y una banderita de los Treinta y Tres o de Artigas clavada en un pedrusco. Si... Si a nosotros nos importara algo eso de trepar montañas, ya hubiera llegado algún William Martínez o algún Larre Borges antes que nadie. Pero no... El alpinismo nos importa un pito y esa es la razón por la cual el mundo se ha perdido algunos trepadores formidables de laderas heladas. Nuestra concepción orográfica del planeta se agota en el lejano recuerdo escolar de la cuchilla de Haedo y las sierras del Alférez, hechas por Dios para servir —junto con algunos arroyos y algunas líneas divisorias—, para que los niños de esta tierra puedan recordar —Giuffra mediante— los límites particulares de nuestros diecinueve departamentos.

De ahí la tragedia de los amantes del alpinismo, cuando, entusiasmados con las proezas de algún suizo que llegó 100 metros más arriba que los anteriores en algún picacho de Asia o de los Andes, quiere contársela a uno de nosotros transmitiéndonos la excitación que lo embarga.

Lambert —se nos dice— ha llegado por la parte sud del Everest a 8.600... El viento le impidió seguir, pero estaba sólo a 300 metros de la cima! Un record!

O si no:

—Herzog conquistó el Annapurna! La montaña virgen! La que tiene 8.075 metros de altura!  
Herzog llegó a la cima!

---

\* Transcripción y revisión: Lic. Silvia Sánchez

El uruguayo sonríe cortesmente, y luego, a solas en el hogar, comenta con la señora: "¿Pa qué, decime vos?".

Una vez presencié el siguiente diálogo entre un hincha de Peñarol y un hincha del Club Alpino de Francia, a propósito de esa misma proeza de Maurice Herzog en el Annapurna:

—Herzog subió al Annapurna! —decía admirado el francés.

—¿Y después que estuvo arriba, qué hizo? —inquirió el uruguayo.

—Pues... —contestó un poco desconcertado el francés—. Bajó...

—¿Y entonces, pa' qué subió?

## **El Everest**

El Everest, sin embargo, es un caso aparte, y basta conocer un poquito su historia helada y asesina para sacarse el sombrero ante la pareja de sus dominadores.

Perdido en el medio del Asia, el Everest es demasiado grande para pertenecer a ningún país, y por eso los hombres resolvieron usarlo, como a todo el Himalaya, de frontera. Se irgue así entre el Tibet y el Nepal, y quienes viven a su falda, sin que él les haya hecho nunca nada, experimentan el terror que su mole sobrehumana impone a todos los corazones nacidos de mujer. Su verdadero nombre no es Everest, como dicen las cartas geográficas, sino Chomo Lungma... Chomo Lungma quiere decir "Diosa Madre de las Nieves". Invicto y formidable, el Chomo Lungma fue coronado como montaña más alta del globo —"techo del mundo"— hace apenas un siglo. Y los occidentales le dieron el nombre de Everest para honra de Sir George Everest, "surveyor" de la India. Este buen señor, como es lógico, se conformó con el bautismo de la montaña y no intentó ni por pienso ir a tomar algunos whisky en la punta de la misma, construyéndose incluso un "bungalow" en ella, como seguramente se le hubiera ocurrido a usted o a mí. Es más: ni siquiera supo la verdadera altura de la Diosa Madre. Creyó Sir Everest allá por 1852, que la altura de la Diosa Madre era de 8.840 metros. Y resulta que la cifra es 8.888 metros. ¿Qué son 48 metros más o menos para el Himalaya?, dirán muchos. Sí... Pero hay que treparlos, viejo! Hay que treparlos!

Y si no, ahí está, para refrescarnos un poquito la memoria, la historia trágica de todo el Himalaya, con decenas y decenas de alpinistas sepultados por los aludes o despeñados en las profundas fisuras de piedra y hielo.

Por uruguayo que uno sea, la proeza de Tensing y de Hillary es, cuando uno ojea los antecedentes, de las que escalofrían. Un trozo de la tierra levantándose hasta zonas donde el hombre no puede permanecer, porque hasta el oxígeno se le niega, irguiéndose desafiadora, atrincherada entre escarpas verticales de hielo y entre glaciares infranqueables, y manteniendo su orgullosa y mortal virginidad durante siglos. Y el hombre —el pequeño hombre, la hormiga que puebla el planeta y lo gobierna con su volunta e inteligencia—, empeñado en vencerlo y quebrarlo. Y por fin, la hazaña conseguida...

Con la melancolía que traen siempre los grandes triunfos, largamente esperados, porque nos quitan una dificultad de delante y nos vedan el sueño de vencerla, Grenoble, capital del alpinismo en el mundo, se vistió de satisfacción y de tristeza. Ahora ya nada tendrá gracia en el mundo para los amantes de la montaña y de la muerte. Y cientos de raras endurecidas y templadas en el resplandor

de la nieve en el viento, saben para siempre que el hombre —como cuando Elcano dio la primera vuelta al mundo, o como cuando Byrd puso sus plantas en el Polo— que el hombre ha conquistado un nuevo límite.

El famoso alpinista galo Félix Germain, Presidente de la Comisión Nacional de Socorros de Montaña, ha comentado ayer en Francia la proeza de Hillary y Tensing con estas palabras tan difíciles de comprender en Montevideo: "Sentimentalmente el alpinismo ha muerto con la derrota del Everest. Es como si el Ser Supremo hubiera bajado a la calle y cualquiera pudiera acercársele y darle la mano". "El gran alpinismo —añadió luego— es algo que va perdiendo su razón de ser, desde que el último y más difícil monte del mundo ha sido ya escalado..."

Tal la repercusión de ese lacónico telegrama del Cnel. Hunt, jefe de la expedición vencedora, que anunció hace dos días: "Hillary y Tensing llegaron a la cumbre el 29 de mayo. Todo va bien".

En Boston, USA, Bradford Washburn, vencedor del Monte Mc Kinley, de 7.000 metros y el más alto de la América del Norte, declaró con la misma melancolía: "Ahora que la montaña más alta del mundo ha sido escalada... ¿Qué queda? Se ha llegado a los dos polos. Se han explorado las selvas... Queda sólo el espacio"!

### **Historia y dificultades**

La prensa y los telegramas de las últimas horas han informado extensamente sobre los antecedentes de la victoria. Desde 1921, en que la expedición del general Bruce tentó el primer reconocimiento de la Diosa Madre, y desde 1922, en que el mismo Bruce hace su primer intento de ascensión, más de siete expediciones británicas y dos suizas se lanzaron infructuosamente al asalto del monte. Una que —si no se despeja con el regreso de Tensing y de Hillary, quienes tardarán todavía unos 15 días en retornar al mundo— perdurará para siempre es la de si el Everest no habrá sido vencido en 1924. En aquel año, efectivamente, y después de llegar a los 8.565 metros, Mallory e Irvine se lanzaron al asalto definitivo y nunca más fueron vistos. Se supone que su muerte tuvo lugar en la subida, pero bien pudo ser que el peligroso descenso les impidiera contar un triunfo hasta hoy ignorado.

Hasta la misma altura aproximada llegó otro inglés (Smyte) en 1933, y posteriores intentos en 1936 y 1938 alcanzaron el mismo límite sin sobrepasarlo nunca. Los alpinistas de Europa, acostumbrados a montes nunca mayores de los 6.000 metros, saben en cambio que a partir de esa altura el alpinismo cambia y se eriza de nuevas dificultades. El gran problema es la respiración, y el esfuerzo físico sobrehumano que la ascensión demanda, da lugar a que ni el propio cerebro funcione. Los pies se pegan a la nieve y a la piedra y cada paso se transforma en una odisea. Temperaturas de 35 grados bajo cero y vientos huracanados de más de cien kilómetros hacen imposible la conquista de un metro más. Y el aire, sin oxígeno, envuelve en la inacción y en la muerte.

Herzog conquistó en 1950 el Annapurna (8.075 metros). Pero al regreso, la nieve encegueció a algunos miembros de su expedición, que tras haber contemplado, en un momento supremo la montaña desde la cima formidable, perdieron la vista. El propio Herzog, es hoy un hombre mutilado y cuando visitó Montevideo vimos que había perdido prácticamente todos los dedos de sus manos y más de la mitad de sus pies.

Las dificultades técnicas, el heroísmo y la preciosa ayuda de los guías nepaleses (uno de los cuales, Tensing, ha llegado con Hillary a la cumbre ahora), el cambio diametral que prestó a la aventura la

posibilidad de asaltar el monte por el sur y no por el norte, como se había hecho siempre, así como los detalles impresionantes de esta expedición victoriosa, serán el tema de próximas notas que publicaremos sobre la derrota de la Diosa Madre de las Nieves: el Chomo Lungma.